

REFLEXIONES EN TORNO

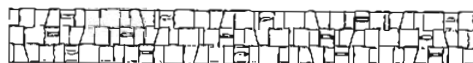
A LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

Hans Kollhoff

El clima, la civilización y la cultura han producido una amplia gama de asentamientos que podrían estar perdiendo su significación regional, pero que, sin embargo, forman el núcleo de la idea que las sociedades han desarrollado de sí mismas. Al parecer, esta pérdida de significado, debida a la internacionalización, está compensada por el deseo de conservar las identidades locales.

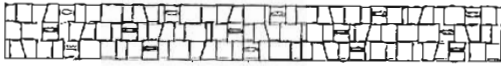
En este final de siglo, el modelo más cultivado y depurado de la coexistencia humana, la ciudad, no sólo resulta ser, por muchas razones, el hábitat de la mayoría de la población mundial, sino que parece el único planteamiento viable para asentarse colectivamente sobre la tierra. En contraste con las invenciones individualistas –muchas veces emocionantes a primera vista–, la ciudad como principio aspira al perfeccionamiento colectivo. Esto es así para todas las ciudades de la tierra. Lo que es nuevo ha de juzgarse en términos cualitativos con respecto a lo que es viejo. Las ideas nuevas han de demostrar su superioridad sobre las experiencias anteriores. Lo que cuenta es lo que resulta mejor, no lo que es nuevo. La ciudad ha demostrado ser tremendamente flexible y ha exigido una intensificación y un perfeccionamiento continuos. Por lo tanto, la cuestión crucial es: ¿estamos yendo en contra de la tradición de la ciudad o estamos contribuyendo a mantenerla?

Las consecuencias de esta alternativa son claras. Nuestra opción en favor de la ciudad significa aceptar que el 95% de los edificios que forman el tejido urbano no son nada especial, nada espectacular, sino tan sólo construcciones normales de uso mixto: residencias, oficinas, tiendas, etcétera. Para ellos se han establecido tipos edificatorios que han tenido éxito en la configuración de la textura urbana formada por calles y plazas. En el plano tipológico no hay mucho que inventar. Pero desde la óptica arquitectónica hay un abanico infinito de posibilidades para sintonizar la expresión de un edificio con respecto a su función, por un lado, y a su contexto, por otro, de acuerdo con la *caligrafía* personal de cada diseñador.



Por supuesto, en la propia ciudad hay toda una gama de caracteres que varían en tipología, densidad y refinamiento desde la periferia hasta el centro. Una apariencia espectacular pero tosca –que podría encajar en una situación periférica– suele resultar destructiva dentro de un centro consolidado. Al final, la congestión de la periferia llegará a ser culta y urbanizada. Naturalmente hay excepciones: las zo-



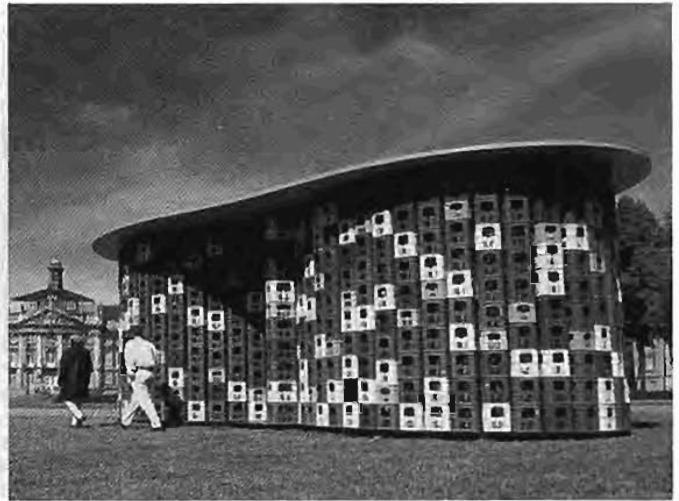


nas industriales, por ejemplo. Pero veamos qué ocurre con esas grandes instalaciones, con los depósitos ferroviarios y con los puertos: están siendo incorporados al tejido urbano. Tan sólo hemos de asegurarnos de transformarlos siguiendo una estrategia bastante convencional de crecimiento urbano.

En una perspectiva a largo plazo, podría añadirse que el desarrollo de una ciudad necesita, antes que nada, *tiempo*. Ésta es la razón de que no pueda diseñarse una ciudad y de que no pueda construirse de un día para otro. El arquitecto sólo puede dar un impulso inicial al desarrollo urbano, y el constructor puede levantar un edificio desnudo que, junto con otros y a lo largo del tiempo, puedan dar lugar a algo llamado ciudad o un trozo de ciudad. Nos hemos vuelto muy modestos desde el fracaso de la Ville Radieuse en todas sus versiones. La importancia del tiempo en el desarrollo urbano significa que una ciudad no puede consistir sólo en unos edificios nuevos. Los edificios han de construirse para que duren varias generaciones, han de envejecer bien y adquirir pátina con objeto de llegar a formar parte finalmente de la historia de la ciudad. Sin historia no hay ciudad.

Por supuesto, hay también razones ecológicas relativas a la durabilidad y solidez de los edificios que cada día adquieren mayor importancia: simplemente es distinto edificar una casa una vez, dos o tres en el plazo de cien años. Construir sólidamente, usando los métodos actuales y enfrentándose a un mercado que es muy competitivo internacionalmente; y sentirse responsable del futuro de la ciudad: también todo esto implica que el arquitecto ha de establecer prioridades.

Mis afirmaciones podrían sonar bastante conservadoras. Pero ha habido periodos en la historia cuyo conservadurismo resultó ser bastante progresista a largo plazo. ¿Qué pasará cuando la mayor parte de la Tierra se haya convertido en un gigantesco montón de basura?: los que puedan permitírselo, se reunirán en los enclaves naturales que se hayan salvado y en las viejas ciudades que se hayan adaptado a los cambios funcionales, pero que se hayan resistido a las invenciones utópicas.



Estas reflexiones se basan en nuestra experiencia en Berlín desde 1989. Lo que hay de especial en Berlín, en comparación con cualquier otra ciudad del mundo, es la tarea de construir el centro, que fue gravemente dañado durante la guerra. Posteriormente, la ciudad fue dividida y convertida en una pesadilla funcionalista en la parte oriental, y en la periferia de una isla artificial en la occidental.

El ejemplo de Berlín muestra lo difícil que resulta hoy en día construir una ciudad o incluso una parte de ella; prueba asimismo que hemos perdido completamente la capacidad profesional para construir o reconstruir el centro de una ciudad antigua. Se nos ha educado como arquitectos para dejar caer un edificio interesante aquí y otro allí, en los huecos de las ciudades existentes, y lo hemos hecho con la admiración moderna por los contrastes de imágenes. En cuanto nos enfrentamos a un conjunto más amplio en el centro de la ciudad, compuesto por varios edificios de distintos arquitectos, el resultado parece una feria mundial, un parque de atracciones o un centro comercial.

La experiencia de Berlín, en mi opinión, afecta a todas las ciudades del mundo. Las fuerzas en acción son casi las mismas en todas partes, pero puede que no sean tan evidentes. La estrategia del contraste propugnada por el Movimiento Moderno tiene que acabar, pues erosiona y finalmente destruye la cultura de las ciudades. Ya no estamos en la situación de los arquitectos de los años veinte, que querían reemplazar los ejercicios formales del siglo XIX, monstruosos y vacíos de contenido.

Por el contrario, estamos en condiciones de constituir un entorno urbano colectivamente significativo y emocionalmente deseable. Y sólo lo lograremos dentro de la tradición de las ciudades. Nuestra misión es construir la textura y el tejido de una ciudad, no diseñar divertidas imágenes que se enorgullecen de ser diferentes. Nuestra tarea es diseñar y construir la norma, no las excepciones.

